

Teófanos, Pablo y la Mandrágora

“Cuando hay peste en la ciudad, quédate en tu casa”

Tratado de Baba Kama, Talmud

El Pandidakterion era un centro del saber que, fundado en el siglo IV, consistía en algo así como la Universidad más antigua del mundo. Tal cual lo expresa su nombre en griego, tenía por finalidad -pretensión pomposa y renacentista- “toda” enseñanza. El Panta griego no es *todo* en el sentido de todos los huevos de la canasta (que al fin y al cabo serán muchos dentro de lo numéricamente posible), sino que puede devenir *todo* en sentido absoluto. Es infinito. La aspiración era verdaderamente enciclopédica. Algo así como la intención de algunas de nuestras Universidades, propósito que entra en crisis cuando el alumno se encuentra con la vida y quiere aplicar, en frío, los argumentos aprendidos. En este centro de la imperial Constantinopla se enseñaban Gramática, Retórica, Derecho, Filosofía, Matemáticas y Medicina. Iniciado por Constantino II en el 340 y fundado con solemnidad por Teodosio II en el 425, tuvo su acta de defunción en 1453, luego del sitio y la toma de la ciudad por Mehmed II. Siete meses estuvieron los súbditos de Constantino XI Paleólogo entre el Bósforo, el Cuerno de Oro y las murallas que habían resistido ya veintitrés asedios, salvo la fechoría cruzada de 1204 que logró instalarse durante cincuenta años.

Seguro de su posibilidad de resistencia, el emperador cristiano no contaba con la letal bombardera otomana, un gran cañón de más de ocho metros de largo -fundido por el artillero húngaro Orbón- que junto con el resto del poder de fuego turco hicieron insostenibles los ataques. Algunos relatos, para mostrar la magnitud del arma, narran que debía ser transportado por setenta parejas de bueyes. Confirman así su descomunal tamaño. No faltaron para la ocasión, estimulando el ánimo de los más de cincuenta mil combatientes, las trompetas, los tambores y los derviches. Estos últimos, ascetas del desierto, dieron al asedio un carácter sobrenatural. Imaginemos por un momento la magnífica y aterradoramente escena. Así las cosas, por razones de fuerza mayor, el Pandidakterion cerró sus puertas en mayo de 1453. Tenía nada menos que mil doscientos trece años de trayectoria.

A la vista está que el mayor error del emperador Paleólogo fue creer que formaba parte de una cultura que no podía fracasar, invencible y consagrada. Estaba asentado en imaginarios de perpetuidad fundados por César Augusto, fortalecidos por Constantino y embellecidos por la exquisita cultura del lejano Cuerno de Oro. Su debilidad fue confiar en su ya decadente y sacral fortaleza.

El nuevo emperador turco abrirá una madraza para sustituir la milenaria institución byzantina. Esta madraza derivará en el Darülfünun, voz que precisamente significa “casa de múltiples estudios”. Como más tarde, en nuestra modernidad contemporánea, donde una acción es sustituida con la misma acción en pos de resolver su ausencia. Así vemos cómo se

cierra un centro cultural para iniciar en el mismo lugar otro centro cultural ya que es imprescindible la cultura. O mejor aún: la administración de cultura. Esta idea refundacional permanente es una rémora de la antigua circularidad mítica. Por eso va acompañada, normalmente, de cuidadas ceremonias o liturgias cívicas. Cada acto refundacional debe dejar en claro que éste es el verdadero inicio, que el anterior fue espurio, falso, incorrecto.

Para sortear esta tentación de cuestionar la legitimidad, los hijos de Edipo -Polinices y Eteocles- convinieron en turnarse el gobierno de Tebas. Cada uno gobernaría un año y, cumplido ese tiempo, pasaría el trono a su hermano. Sensibilizados por la desventura de su padre tuvieron esa honrosa motivación en la que privilegiaron el bien de la Polis a las aspiraciones de poder. Más la magnánima intención duró un año y el desenlace fatal dio ocasión a que tuviésemos otra magnífica tragedia: Antígona.

Los ya mentados invasores de Constantinopla no tuvieron desprecio por las ciencias, pero era menester recrear los imaginarios simbólicos, las ópticas culturales. Una conquista no es un simple cambio de dueño. La historia, entendida como una secuencia ordenada, armoniosa y linealmente dirigida a un futuro inconsútil, es uno de los grandes mitos de la modernidad tardía. Y a este mito lo acompaña y completa el otro del mesías político, quien garantiza ese orden. Es, quizá, debido a esta concepción del progreso temporal como una “cualidad divina”, que este momento de zozobra que vivimos nos sumerge en sentimientos bastante parecidos a los de los constantinopolitanos del siglo XV: encerrados en sus murallas y descreyendo que realmente sucediera lo que estaba sucediendo. ¡Pero si se había visto caer el reino de los Fenicios! ¡Si la legendaria Grecia era una colonia de esta ciudad en decadencia! ¡Si Babilonia, Persia y Egipto eran sólo un recuerdo! ¡Y Roma en ruinas!

Me estremece pensar en la desolación de los sobrevivientes del asedio; han de haber experimentado el momento como un auténtico fin absoluto, habida cuenta, además, de que algunas señales del cielo habrían dado al sultán la certeza de su éxito. Aquel eclipse de luna levantó los ánimos de unos y atemorizó a otros.

Uno de los grandes alumnos que tuvo el Pandidakterion fue Teófanos, conocido en Rusia con el nombre de Feofán. En el inmenso país de las estepas alcanzó la fama, y murió en Moscú el año 1410. No lo confundamos con sus homónimos, el historiador de Lesbos (s. I AC), ni con el cronista bizantino (s. VIII DC), ni con aquel que fue llamado *El Recluso*, ya del período decimonónico.

Teófanos fue un gran iconógrafo (así se llama a quien ¿escribe? iconos) y tuvo entre sus alumnos a Andrei Rublev, quien pintó (o escribió, como expresa la única palabra griega para ambos términos: γράφειν) el famoso icono de la Trinidad, canónico para todo intento posterior en oriente -luego del Concilio de los Cien Capítulos- de representar al Dios trinitario de los cristianos. Teófanos, en 1370, partirá a Nóvgorod, que era una especie de Atenas eslava. Allí reinaba una cierta forma de democracia ya que poseía un parlamento, formado por representantes de la aristocracia, aunque, más tarde, todo el pueblo tendría allí sus ediles con voz. Esta hermosa ciudad, y gran centro cultural, recibió el ensañamiento de Iván el Terrible y más tarde fue ocupada por Hitler. Pero sus símbolos la trascendieron, ya que, entre otros, los iconos de Teófanos han inundado la espiritualidad cristiana de oriente. Rublev aprende de quien a su vez aprendió en aquel viejo centro de la memorable Constantinopla. Ambos mezclaron sus pinturas con la doctrina hesicasta, esto significa, en el silencio. Estos símbolos no desaparecen jamás. Allí el espíritu humano celebra su potencia recreadora

inmune a toda fuerza destructora y permanece para el futuro, del mismo modo como callado está el bulbo de la azucena, que durante el invierno parece haber muerto, pero florece milagrosamente cuando vuelve el calor. La muerte no puede con la hondura. La muerte no puede con la tierra. La historia enseña que las tinturas más indelebles tienen por componente primario la adversidad. En efecto, no hay color sin cierta incidencia de su ausencia, como ya enseñaba Aristóteles. En efecto, el filósofo de Estagira señalaba la importancia de la luz para el cromatismo, pero también de la sombra. Aristóteles no acertó en la constitución lumínica del color, éxito del prisma de Newton, pero sí en la cuestión de su percepción. Difícil descubrir los colores sin las sombras y el contorno.

Al sur de Anatolia está Tarso, donde nació Pablo. Era la capital de la Cilicia Romana y fue la ciudad donde tuvieron su primer encuentro Cleopatra y Marco Antonio. Cuenta Plutarco que allí llegó Cleopatra, con la intención de deslumbrar al triunviro romano, en un barco con popa de oro, velas púrpura y remos de plata. En el lugar de ese deslumbrante encuentro nació también el mártir cristiano.

Quizá no haga honor al vigor de la figura de Saulo la espléndida pintura de El Greco, que le otorga más el aspecto de un monje que el del perseguidor aguerrido, apasionado converso y viajero incansable. A la vez, debo reconocer que, para sintetizar todos esos aspectos basta la mirada que Doménico Theotocópuli pintó en el célebre óleo del apóstol.

El libro de los Hechos narra escuetamente su conversión, pero con una intensidad en la que, unos pocos versículos, logran dar cuentas de que sucedió algo que cambió su vida. Es el relato que habla de una vocación surgida de algo ante lo que no parecen existir las excusas. ¿Quién eres? ¿Qué debo hacer?: las preguntas de Pablo recuerdan al diálogo de Moisés con Dios en el Sinaí. Para ambos, el resultado de este encuentro hilvana con el algodón de las desventuras el lienzo de la plenitud. Dio el paso de su historia con convicción, más sin certezas.

Pero de entre los textos que nos cuentan algo de la *historia* -en el sentido bíblico de historia- de este apóstol, hay uno que genera una particular curiosidad. Pablo de Tarso -o quien hubiese sido el autor- escribió la carta a los Efesios en estado de cautividad, entre los años 62 y 63. El capítulo 1 de esta carta es una visión del mundo en las manos del Dios a quien Pablo ha entregado su vida. Ese mismo Dios por el que está (él o el autor) preso. Ese capítulo es la carta de alguien que lee toda la historia conducida hacia la consumación y en donde la comunidad a la que pertenece (un grupito de personas ocultas y desconocidas para ese tiempo) cumple un rol decisivo. De ningún modo hay un conocimiento anticipatorio, no está profetizando el futuro triunfo de la cristiandad y su rol internacional. Pero parecen escritos por un hombre que está manejando las riendas del mundo. Sin embargo, Pablo, está encarcelado. De nuevo, percibe algo muy luminoso en medio de las sombras.

Ha detectado el elemento germinal y descubierto su fuerza. Poco tiene que ver esto con la asociación posterior al imperio que persigue a Pablo. Ahí está el lugar donde reside la fuerza de la transformación, en ese silencio, en aquel bulbo enterrado, en este hombre encarcelado. Esa lógica es la que transforma todo. Por qué no pensar que Pablo pudo leer la exitosa campaña de Dios en el mundo que lo estaba ajusticiando si después de todo creyó al que hablaba comparando su reino con un grano de mostaza. En aquel que cuando pudo pegarse la vuelta a su casa y seguir tranquilo le dijo al procurador que su reino no era de este mundo y que él (por el juez) no tenía ningún poder que no le hubiese sido dado.

La humanidad ha tenido siempre la tentación de imaginarse las cosas como si fueran a suceder según un diseño predeterminado. Hace poco leí una frase, escrita ciertamente con nobleza y pretensión poético-metafísica, que rezaba: “deséalo tanto, tanto, que la vida no tenga más remedio que dártelo”. Es importante tener en cuenta el carácter patológico que envuelve a aquellos comportamientos que contemplan una única posibilidad: el cumplimiento del deseo. Encierran una violencia que es posible se desate justo allí donde el fracaso, un invasor hostil, trunca las pretensiones de omnipotencia.

Es verdad que quien no conoce la historia no puede proyectar el futuro. Pero también es cierto que hay modos de conectarse con el pasado que impiden caminar hacia adelante con libertad. Sobre todo, cuando el vínculo con ese pasado adquiere un solemne respeto al estilo del que se tendría si quedase en nuestras manos una milenaria vasija acacia. Lo único que deseamos es dejarla pronto en su lugar. Puede haber también un vínculo con lo que ha sucedido que sea de tipo ritual, de modo que la memoria sólo actuará sacralizando lo sucedido y otorgándole pomposa quietud. Ante ella, alguien surge como sacerdote que la actúa o profeta que la interpreta. Normalmente esto sucede en función de sistemas de poder débiles en sus posibilidades de construir consensos maduros, libres y transformadores. Estas formas de abordar las cosas dan miedo (escondido tras la apariencia del respeto), quitan coraje (invisibilizado tras una falsa templanza) y creatividad (paralizada en las redes de la prudencia fingida).

Antiguamente se atribuía a la mandrágora diversas cualidades. En la Biblia, en este sentido, un relato curioso. Jacob tenía por esposas a Lía y a Raquel, dos hermanas que se unen a Jacob a través de un engaño urdido por el padre de ambas; sin embargo, Jacob amaba a Raquel, y entonces “cuando el Señor vio que Lía no era amada, la hizo fecunda, mientras que Raquel permaneció estéril” (Gn 29, 31). También tuvo Jacob hijos con la esclava de Raquel, que se llamaba Bilhá. Aquella a la que el patriarca amaba, entretanto, quería desesperadamente concebir. Por ello un día permite a Lía acostarse con Jacob a cambio de las mandrágoras que Rubén -hijo de Lía- había juntado en el campo. Lía, luego de esa noche, volvió a quedar embarazada, y Raquel también “concibió y dio a luz un hijo” (Gn30,23). En efecto, una de las cualidades que se le atribuían a esta extraña raíz era sanar la esterilidad.

Cómo no recordar a Nicolás Maquiavelo y su relato “La mandrágora”, donde, según Francesco Gucciardini -historiador, filósofo y amigo del escritor florentino- “se ríe de las flaquezas de los hombres porque no puede remediarlas”. En este irónico relato *messer* Nicia -hombre con fama de tonto- y su mujer, Lucrecia, desean tener descendencia. Por ello son convencidos de acudir a un afamado médico, que es en realidad un farsante. Quien finge serlo es Calímaco que monta todo para encontrarse con Lucrecia, de la que está enamorado por los relatos que ha escuchado de ella, aunque nunca en su vida la ha visto. El mentiroso cuenta con una red de cómplices que lo ayudan en su tarea. Finalmente, sentenciará este joven inescrupuloso devenido Galeno: “Vos debéis entender bien esto: no existe cosa más segura para que una mujer quede encinta que darle a beber una poción hecha de mandrágora. Ésta es una cosa que yo experimenté muchas veces y, si no fuese por esto, la reina de Francia aún sería estéril y lo mismo una infinidad de otras princesas de ese Estado”. A partir de este solemne engaño comienzan un montón de situaciones suscitadas con ocasión de convencer a la joven Lucrecia de la eficacia del tratamiento.

La mandrágora también permitía ingresar en un estado de éxtasis, desde el cual se podía conocer de modo infalible el futuro y dilucidar los enigmas del pasado. Ella y la Belladona eran usadas por las brujas para entrar en trance y dictaminar sus videncias. Podían así hacer presente los secretos del pasado y los entreveros del futuro.

Evidentemente, este modo de garantizar la relación con los actos pasados y futuros da poder. Quién es temido y respetado, al menos con fingimiento, sino aquel que parece discernir lo sucedido y lo que acontecerá. La fabulación en torno a estas cualidades es una de las artes de la manipulación. Las patologías de control son, en definitivas, un conflicto profundo con lo imposible de cambiar del pasado y la falta de certeza acerca de la suerte futura. Una buena recomendación del libro del Eclesiastés ante esto es que te alegres de las cosas simples pues todo es *hevel*. Esto, estrictamente, significa *humo*. La vida es temporal, pasajera, misteriosa, una paradoja.

Pero, resolver los enigmas, controlar los secretos, manejar el tiempo, han sido siempre cuestiones que han develado a la humanidad.

¿Cómo quedó Edipo a cargo de Tebas sino resolviendo el enigma de la temible esfinge?

¿Y cómo lo preservó Tiresias de su fatal destino sino ocultando sus verdaderos orígenes?

Sin embargo, más allá de las certezas conquistadas a lo largo de la historia, de vez en cuando toca volver a percibir la profunda verdad presente en la advertencia del maestro del Qohelet: perdemos tanto tiempo en lo pasajero, en lo que se evapora. La sabiduría de un hombre ilumina su rostro (Qo 8, 1), vive tus años con alegría, pero no olvides que serán muchos los días sombríos (Qo 11, 8); recuerda que el esfuerzo fatiga al necio (Qo 10, 15) y que la sabiduría del pobre es despreciada y nadie escucha sus palabras (Qo 9, 18). Y que, en definitiva, lo que existe es profundo, más profundo de lo que se puede vislumbrar (Qo 7, 24).

JOSÉ CARLOS CAAMAÑO

Junio de 2020.

